
La cuarta visita papal: el espectáculo de la fe fascinada ante el espectáculo

Carlos Monsiváis

Que nadie dude del vigor de la fe que mueve montañas demográficas. La visita del papa Juan Pablo II a México en enero de 1999 probó, por si hubiera falta, la necesidad en materia de recuperación de orígenes y búsqueda de substancia. Absolutamente respetable, la devoción y la indefensión asumida de millones de personas (pobres, sin trabajo, enfermos, sometidos a diversas violencias, huérfanos en el sentido radical del término) movilizaron como nunca a la ciudad de México, le imprimieron durante cinco días un tono distinto, ni religioso ni laico, ni despegado de la televisión ni ausente de las calles para verlo pasar, ni decidido a vivir el día entero la religión ni carente de celo parroquial. Si la sociedad está cabalmente secularizada, también vive a fondo su pasado, y de allí extrae, en condiciones únicas, los consuelos de que sabe poseedora a la religión unos cuantos días al año. La visita del Papa no fue la reconciliación con las fuerzas celestiales, ni fue tampoco sólo el inmenso *show* que habilitaron los (codiciosos) medios masivos y los empresarios; fue, y eso es suficiente, el recordatorio sublime: a fines del siglo XX la mística nacional requiere de la alianza entre la tradición y las transmisiones en vivo y directo.

La preparación

La intensidad de la recepción a Karol Wojtyła se genera a lo largo de un año y, ya con ritmo envolvente, las semanas previas a la llegada. Se transmiten fragmentos de las visitas anteriores, se invita a la televisión a sacerdotes y “expertos en religión” (también sacerdotes) para comentar la gran nueva, se preparan las campañas de bienvenida, se moviliza a los jóvenes de los colegios y universidades privadas, se asegura que las papas Sabritas traerán una estampa que conjunte al Papa y su devo-

ción, la Morenita de Tepeyac. Se le recuerda al pueblo sus datos esenciales: es católico, es guadalupano, Juan Pablo II está cerca de su corazón (los coros de los colegios particulares entonan el día entero: "Tú eres mi hermano del alma"), Dios nos trajo al mundo para recibir al Pontífice en la que casi seguro será su última visita. Los video-clips no mienten: el Papa (el Santo Padre) (Su Santidad) (el Representante de Dios sobre la Tierra) (el Vicario de Dios) está muy enfermo y sufre en lo físico para aliviarnos en lo espiritual.

Presionados por su formación o por su credo irrenunciables, o por el avivamiento súbito de creencias aletargadas, o por la monotonía arrinconable, durante unos días, los mexicanos aguardan el descenso del avión papal. Juan Pablo II, además, viene a un país distinto, con una presencia antes inconcebible de la derecha, con un alto clero envalentonado y presto a exhibir su fundamentalismo belicosamente. Si como práctica religiosa unánime el catolicismo ha retrocedido notoriamente, al extremo de que algunos obispos mencionan el "analfabetismo religioso" de la mayoría, en tanto poder en la cumbre y unción exhibicionista de los poderosos, el catolicismo sigue siendo la ideología dominante. (No hay burgués que admita su ateísmo, eso sería tanto como aceptar que su fortuna *no* le vino del cielo).

En un tiempo los jesuitas integraron la orden fundamental. Eso pasó en épocas recientes cuando dirigían las principales instituciones de enseñanza de la élite, la Universidad Iberoamericana y el Instituto Tecnológico de Monterrey, pero luego a los jesuitas se les expulsó de la capital de Nuevo León, las universidades predilectas de los hijos de los millonarios son ahora el ITAM y la Universidad Anáhuac, y en lo alto de la pirámide hay dos órdenes: los Legionarios de Cristo y el Opus Dei, las creaciones correspondientes de Mon Père Marcial Maciel y José María Escrivá de Balaguer. De ellos es la élite y sus recursos a la hora de pensar en la mortalidad y en la inmortalidad. De ellos es también —en logística y mensaje— esta visita del Papa.

"Sea usted bienvenido a nuestra tierra"

En el aeropuerto, el presidente Ernesto Zedillo se extiende en elogios y gratitudes. Y como sucede después de una gran campaña publicitaria o de propaganda, el tono discursivo se toma consciente o inconscientemente del énfasis de la campaña. Todo, a partir del descenso del avión,

se vuelve espiritualidad, paz, promesas del éxtasis. Esto en el mejor de los casos. A los locutores de radio y televisión les da por trascender el simple lenguaje de la alabanza y entrar de lleno en la transfiguración. Donde estaba un Papa, aparece el enviado directísimo y reciente de Dios; donde había un sacerdote polaco elegido por un Sínodo, aparece alguien que participa centralmente de la naturaleza divina. Y los locutores se asumen profetas, juanes bautistas que anticipan la luminosidad que transformará a Israel y despuesito al mundo. "El cielo estaba turbio, pero desde que salió la comitiva papal el día es uno de los más bellos que jamás hemos visto/ ¿Qué tiene este hombre santo que a su paso las multitudes sienten alivio en su corazón?/ Esta no es la visita de un simple ser humano. Es el espíritu religioso mismo".

En el Museo de la Ciudad recibe al Papa el gobernante de la ciudad Cuauhtémoc Cárdenas, su equipo y quinientos invitados. El discurso del ingeniero Cárdenas es sobrio, y va de las contribuciones del catolicismo en México a la diversidad del país que el Papa hoy contempla, o más bien vislumbra. Y en el Museo se hace perceptible el fenómeno inesperado y previsible: luego de tantos años de fingir laicismo, tras casi un siglo de ser inevitablemente laicos, es ya tiempo de coquetear con la mística, y arrodillarse y rezar y lanzar al viento la contención propia del funcionario. El Papa bendice y un grupo amplio se olvida de las características del acto y proclama su catolicismo como si saliera de las catacumbas a enfrentar los leones, feliz porque si ya no hay persecución (más bien al contrario), es el tiempo de exhibir con valentía su conocimiento del Credo.

* * * *

—¿Por qué traes tantos rosarios? Son como veinte.

—Es para que el Papa los bendiga. Son para mis sirvientas y mis secretarias.

—Pero si el Papa no los va a bendecir.

—¿Y ellas cómo van a saber?

* * * *

—Sentí algo maravilloso. Fue como si me viera y me recordara que polvo soy y en polvo me convertiré.

—¿Sabes? De niño quería ser cura. Luego se me pasó, pero viendo al Santo Padre me acordé de los ejercicios espirituales y los encierros y la vez que le dije a mi confesor que deseaba entrar al Seminario.

—Tuve un accidente de auto espantoso. Me salvé de milagro, de milagro de los de antes, y te juro que vi clarito a la Virgen de Guadalupe.

La metamorfosis del Autódromo

El río humano es interminable, sólido, espeso, indiferente a los castigos del frío, estoico, revivido cada diez minutos gracias al ritmo del único, extenso, comentario sobre la gran figura. Miles y miles, o diezmiles y diezmiles, se agregan a la gran cadena del ser que es la cola para entrar al Autódromo, hoy habilitado como el gran templo que acogerá la misa solemne del papa Juan Pablo II, en su cuarta y última visita a México (según los pronósticos de los médicos aficionados). Se mueven a trechos o a golpes de tribu las familias burguesas orgullosas de la destreza de sus choferes, se dejan ver las familias proletarias que antes de la misa le imprimen a todo el acento del relajo piadoso, los grupos de las parroquias cerquitita de sus directores espirituales, los jóvenes alborozados ante la causa que conjuga altos destinos con tiempo compartido generacionalmente.

La mirada registra a catequistas, curas, monjas, seculares empeñados en dar ejemplo de fidelidad conyugal, profesionistas orgullosos de su aceptación de la cristianidad, obreros que instruyen a sus hijos para que guarden estas horas como el mayor regalo de sus padres, empresarios que le imprimen a sus facciones el hieratismo del momento histórico, Consagrados y Consagradas que le imprimen a su paso el énfasis misional (“Predicad desde el andar”), jovencitas burguesitas al tanto de que hay algo más trascendente en la vida que las *discotheques*, integristas cuya severidad se atenúa al calcular cuántos en esta grey se apartarán definitivamente del hedonismo, y, sobre todo, creyentes que retornan a la fuente de las creencias, a la sensación de recobrar la inocencia, de “ser de nuevo la frente limpia y bárbara de un niño” (López Velarde), de ir como al principio a misa tomados de la mano de los progenitores, pero esta vez a una misa del acercamiento del Milenio con la presencia del Santo Padre.

* * * *

En su *Epístola a los Hebreos*, San Pablo es a la vez preciso y abstracto: “Es pues la fe la substancia de las cosas que esperan, la demostración de las cosas que no se ven”. Hasta hace poco la definición era inmejorable,

pero en la era de la comunicación de masas, la fe es también la demostración de las cosas que se ven en demasía. La Cuarta Visita papal, por ejemplo, mezcla el convencimiento en las promesas de eternidad, con la seguridad en el apoyo electrónico y comercial a las creencias. Y eso modifica el paisaje de la experiencia religiosa, no la experiencia religiosa misma, hasta donde se sabe consistente en un vínculo de la persona con lo trascendente, sino la técnica para acercarse con mayor comodidad a las vivencias espirituales.

—*Chiquitibun, a la bin bon ba,/ chiquitibun, a la bin bon ba,/ el Papa, el Papa/ra ra ra.*

Epoca hubo en que las noticias corrían de boca en boca, ayudadas por anuncios parroquiales y efluvios de las congregaciones. Entonces, la tonada de los actos religiosos era elemental, con las manifestaciones del gozo reducidas al mínimo, y el respeto a los símbolos se exacerbaba porque había menos a la disposición, y los símbolos mayoritarios eran los religiosos. *Epoca hubo...* Pero ahora, y como insisten los altos clérigos, es indispensable la publicidad, algo distinto de la propaganda, más concentrado, más visual, más aforístico: *Nace un milenio. Se renueva la fe.* Y la Cuarta Visita es anticipo radiante de lo que será el estilo religioso (o telerreligioso) en el milenio a las puertas, un estilo sustentado en párrocos y *floor managers*, en masas estupefactas y *zooms* a la estampa sagrada, en elocuencia del orador sacro y paneo por el recinto y la feligresía. Al colmarse santa y saludablemente la televisión y la radio con video-clips, mesas redondas, programas especiales, noticias, advertencias de itinerarios papales, convocatorias, algo queda claro: sin tecnología la propagación de la fe podría vararse en el (extinto) siglo XX. Con alta tecnología, la tradición firmará autógrafos como dispensas papales.

* * * *

En la noche oscura, en ansias en amores inflamada, entran al Autódromo la víspera de la Misa seiscientos mil o medio millón de seres dispuestos a una probadita del martirio, soportando la desorganización, las tinieblas, el frío como obscenidad que taladra, la escasez de los servicios sanitarios, el rechazo de los sanpedros provisionales que llegan al extremo de escanear las credenciales para evitar las falsificaciones. Algunos se extravían y reclaman a voces a su feligresía; otros se enorgullecen de su resistencia a las bajas temperaturas. No faltan los que despliegan su sabiduría consistente en *sleeping bags*, suéteres de Chiconcuac, bu-

fandas, ropa térmica y bendiciones de la madre al partir; hay quien le pregunta en vano por el sitio que le toca a las edecanas, y hay jóvenes con tantas identificaciones al cuello que por fuerza conocen a alguno del comité organizador. La noche es sinceramente hostil, y no la neutralizan los cantos, las porras, los comentarios sobre el Papa en la tele, las anécdotas de mutua animación de los jóvenes feligreses. Seré breve: al rigor de la noche no lo atenúa siquiera la seguridad de que el sacrificio valdrá la pena.

* * * *

—*Juan Pablo, /viajero /tú eres consejero*

—Reine Jesús por siempre.

Reine en mi corazón.

En nuestra patria y nuestro suelo

Es de María la nación.

La fe mueve montañas, ya se ha dicho, pero también la fe tiene ventajas de comprensión y acomodo. ¿Cuánta gente cabe en el Autódromo? ¿Un millón o un millón y medio de seres que causa la envidia de los holgazanes ante la tele? Tal vez lo propio sería decir que aquí se da el milagro inverso al de los panes y los peces. La multiplicación se cambia por la reducción en el espacio. Caben doscientos, trescientos, ochocientos mil, y nada agota los metros y kilómetros a la disposición. La fe resiste todo, resiste incluso las obras corales que evocan a Carl Orff y que con tal de darle oportunidad a los nuevos compositores se las niega a los oyentes. Y la sensación avasallante es de premura que busca inmovilizarse. En un acto de masas del Papa son tantas las personas importantes que quien desee destacar le entra al concurso involuntario de Rostros Altamente Preocupados; no porque algo pueda salir mal sino porque alguien podría no felicitar a los responsables de que todo salga bien.

* * * *

El escenario es impresionante aunque por las proporciones o la rapidez de la ejecución, o la imposibilidad de integrar arquitectónicamente el ámbito al alcance, no es necesariamente majestuoso. Dos tribunas a los lados para la alta jerarquía, un pequeño templete para funciones pregoneras, y en el centro la pirámide con la cumbre destinada al Papa. La sensación es de gran espectáculo, de deslumbramientos imperiales

que devastan lo simple y lo pequeño. Pero lo simple y lo sencillo y lo pequeño y lo aparentemente insignificante están aquí y contrarrestan y complementan la intención de grandeza que intimida y sojuzga. Es pues la fe el equilibrio de lo grandioso y lo humilde.

El ritual lo es todo. Es la forma de la creencia, y es el modo en que el creyente reconoce el vuelo de su espiritualidad, y es el cimiento de la institución, y es la ratificación de la memoria de las generaciones, y es la estética como regreso a los orígenes, y es el recinto donde se perpetúan y se congelan los hallazgos, y es la emoción cristalizada y prisionera, y es el gozo íntimo y colectivo de la repetición, y es la vivificación de las herencias. Y la multitud o mejor la asamblea de multitudes en un Autódromo renacido como Gran Templo, contempla y adopta y venera el ritual, y lo anticipa jubilosamente al dejarse ver el helicóptero con Juan Pablo II, y al cruzar brevemente el Papabús, y al iniciarse los cánticos. Son inevitables por populares la Ola y las porras, como también son imprescindibles los cirios enormes y la riqueza y variedad de las estolas y el blanco sacerdotal que asume y resume los demás colores, y el ¡TÚ ERES PEDRO!!, y la reiteración de los himnos:

Que alegría cuando me dijeron
vamos a la casa del Señor,
ya está pisando nuestro pie
tus umbrales, Jerusalén.

El complemento y la contraparte del ritual es el gesto milenario y absolutamente nuevo del creyente, la madre que le enseña a su hijo pequeño al Papa como mostrándole la fuente de su resurrección, la indígena que besa la estampa guadalupana y la exhibe al sol, el padre de familia que contiene el llanto porque por única (y casi seguramente última) vez en su vida participa en una misa ofrecida por el Santo Padre, el joven que ha meditado días y años su vocación sacerdotal y acude hoy para aceptar que quizás el casarse y tener tres hijos no fue la decisión correcta, el grupo de provincia cuyas miradas de felicidad constituyen la trama de las anécdotas que ya no cesarán de contar. Los emita quien los emita, los gestos de la fe son la esencia complementaria del acto; que no desplaza al ritual, pero lo humaniza.

* * * *

Enfermo, cansado, con la conciencia de la misión que la adoración circundante transforma en poderío genésico, el papa Juan Pablo II es lo

que es, figura principalísima del siglo XX, conservador a ultranza, antineoliberal militante que ya no fija a sus adversarios con la precisión con que devastó al comunismo, porque los sistemas financieros no son un Muro de Berlín, sino algo más evasivo y ubicuo, y porque los fieles más conspicuos en muchos países son los dueños de los sistemas financieros. Guerrero ardiente contra la modernidad y el secularismo, el Papa domina sobre la curiosidad, los reflejos condicionados, el ánimo reverente, el gozo paramístico y la combatividad de los millones de católicos (permanentes e instantáneos) que lo contemplan en el Autódromo o en sus hogares.

* * * *

Un solo Señor, una sola fe. Da comienzo la misa y se afianza también una etapa del catolicismo mexicano, donde el deseo de homogeneidad hace a un lado a las conquistas de lo diverso, y las embiste con furia. Pero esto es ideología y es otra cosa lo que le importa a los requeridos de consuelo, de alivio para el dolor, de sitio en una vida distinta a la que se tiene.

* * * *

El Papa condena del modo más tajante el crimen mayor en su criterio (todos los pecados en esta óptica son delitos sin revisión, el pecado venial por lo visto casi no existe). En el Autódromo no deja salidas: "Que ningún mexicano se atreva a atentar contra la vida". Y el aplauso estremece no porque todos y todas las que suscriben esa tesis crean urgente condenar a los suplicios y condenaciones peores a las incapaces de aceptar los hijos que Dios y el machismo les concedan, a las violadas, a las que más que probablemente morirán en el parto, sino porque ante el Embajador del Altísimo deben probar su moralidad, y no hay método mejor para certificar la incondicionalidad religiosa que suscribir los castigos del infierno. (Por eso decepciona el obispo mexicano que ofreció para la Semana Santa del Año de Gracia de 1999 la absolución para las que han abortado y sinceramente se arrepienten, y para quienes han colaborado en "el más horrendo de los pecados").

—*Juan Pablo, / Segundo/ te ama todo el mundo.*
"Me vio. Te lo juro."

* * * *

La “mexicanización” del papa Juan Pablo II es incluso más notoria que la inmersión del país en el concepto de Cristiandad promulgado por Karol Wojtyła. Lo más alucinante de una visita caracterizada por momentos intensos es la urgencia entrañable —la cortesía mexicana elevada al plano galáctico— del “¡Quédate con nosotros!”. El “Juan Pablo/ hermano/ Ya eres mexicano”, coreado en el Autódromo Hermanos Rodríguez, y aún con mayor elocuencia en el Estadio Azteca, describe un sentido fundamental de la visita: la incorporación por vez primera de un Papa a la tradición nacional. Lo no previsible en las visitas anteriores (1979/1990/1993), se consume en 1999, en el seno de la movilización extraordinaria, dirigido —en este orden, según creo— al pontífice, al catolicismo como orgullo público recién adquirido, a la pertenencia a una comunidad nacional de emociones idénticas y reiterativas, a la juventud como disponibilidad al servicio de la creencia y a la vanidad de participar en el acontecimiento más importante del catolicismo en lengua española de fin de siglo, el viaje de despedida a México del Papa Peregrino.

No es, por supuesto, la Doctrina lo que se “nacionaliza”, esto —a decir de los historiadores guadalupanos, no forzosamente muy enterados— ya se dio desde 1531. Ni es tampoco la institución religiosa, nacionalizada por la legión de santos, beatos, mártires, cardenales, obispos, inquisidores, clérigos, teólogos, monjas, consagrados y catequistas, y por su intervención destacadísima en actos de intolerancia y poder. Lo que se “mexicaniza” es el Papa, transmutado en Padre, trascendente y afable. De acuerdo a las respuestas a mano, Wojtyła no es un mexicano más, por distinguido que sea, sino el emblema de la fe patria que se agrega al repertorio esencial de los hogares católicos: un crucifijo, una reproducción de la Morenita, una foto en la Basílica de Guadalupe, un Santo Niño de Atocha (ocasionalmente), una foto del Papa “paisano”, ya no el Papa a secas.

* * * *

La “mexicanización” se da por rumbos cercanos al de las apariciones. No se trata de un milagro en el sentido de humillación de las leyes naturales, sino de la sensación multiplicada de hallazgo, del esplendor de las vivencias personalísimas: “Me vio, te lo juro./ Qué emoción indescriptible. Aunque quisiera no te la podría contar./ Es la experiencia

de mi vida". En la radio, los entrevistados dejan fluir su religiosidad acendrada: "Fue como ver a Dios/ Te fijaste qué radiante, trae un halo./ Es un hombre santo. Este planeta pecador no lo merece./ La Guadalupeana debe estar muy contenta de que la haya saludado su hijo predilecto". Uno a uno los testimonios desdobl原因 el asombro del hecho irreplicable, que se fijará en el lienzo blanco de la Patria.

Lo acontecido está en deuda con la intermediación mediática, los meses y semanas y horas compactas de promoción y convocatoria, y depende también en alto grado del contagio de multitudes, y de una certeza: no reproducir la conducta del vecino es aislarse para siempre de la comunidad. "No hizo igual con ninguna otra nación. El ya es mexicano". Pero sobre todo, según creo, el tumulto emotivo resulta del enorme vacío sentimental o, si se quiere, espiritual, de la población. La afirmación anterior es muy atrevida, no por herética sino por obvia, propia de psicólogo de masas o de profeta disfrazado de articulista, pero apoyo mi audacia en los testimonios a raudales, en videos y crónicas. Los que se han desbordado y colmado las calles, la Basílica, el Autódromo, el ex Estadio Guillermo Cañedo, lo hacen en plena huida del placer solitario de la tristeza y demandan algo más, el alimento de los siglos que es la experiencia del mundo concentrada en unas cuantas imágenes. De esto notifica el comportamiento de millones de fieles: a la religiosidad le hace falta el don de la exaltación que el Papa aporta; sin alcanzar al límite del entusiasmo, la religión se convierte en monumento hierático, importante por ser una apuesta a la vida eterna, pero incapaz de conducir al éxtasis, al llanto porque sí y gracias a Dios, a la paciencia, al sacrificio (las horas y las horas de espera, el frío suplicante en el Autódromo, los desmayos, la impaciencia vuelta docilidad). Exaltarse ahora es buscar por el resto de la vida cómo eternizar la noción demasiado rápida del trance.

Se me dirá: y sin el Papa, ¿cómo manejar exaltación y éxtasis? Transfiero el problema a los encargados de la religiosidad, pero me permito anticipar la vigilia celosa y militante de la memoria, el activar de modo constante esos minutos preciosos, esa guardia que se desentendía de las vallas de alambre, del maltrato, de los rechazos. El éxtasis es también lámpara votiva de la nostalgia, y por eso al paroxismo de las intenciones místicas ya vivido, se le querrá aplicar esa técnica de preservación que son los conjuros contra el olvido: misas, videos, programas especiales, reuniones juveniles, sesiones corales. Si esto no es suficiente, bastará con hacer claro que no todos los mexicanos, muy en especial los muer-

tos y los ausentes de la ciudad de México en estos días, se han asomado al cielo de las sensaciones. Ni modo, ancestros. Ni modo, provincianos. Ni modo viajeros.

* * * *

Jerónimo Prigione, ex nuncio papal, ha sido uno de los grandes protagonistas del acercamiento de la iglesia católica al gobierno mexicano. Según informa Rodrigo Vera (*Proceso*. Edición especial, 22 de enero de 1999), solía comentar, a propósito de esas bodas interinstitucionales: "Hay en la vida ciertos actos que deben formalizarse. Es como cuando uno vive con una mujer, y no está casado. Hay que darle una forma legal a esa relación, para que no sea un *wild marriage*, un matrimonio salvaje". Y las sombras del amasiato, según Prigione, resultaban ser los *nicodémicos*, los creyentes en casa y anticlericales en la calle. (El modelo es Nicodemo, el personaje bíblico que para no comprometerse, sólo buscaba a Jesucristo de noche.) Los *nicodémicos* han desaparecido o, en todo caso, ahora son laicos de clóset, convencidos de que lo peor para sus hijos será estudiar en escuelas públicas, porque no sólo carecerían de instrucción religiosa, sino que, lo imperdonable, serían monolingües, no harían desde la infancia amistades convenientes y pasarían los veranos en México. (En la niñez mexicana, lo laico es sedentario, en cambio lo instruido religiosamente viaja a Disneyland, Aspen, Europa.) Y los *nicodémicos* ya pueden ostentar su fe, llevarla cosida al ayate de sus privilegios, hacer evidente que no se es Alguien en este país sin la red de influencias y haberes sociales, sin el aura de Respetabilidad que es la garantía del poder. ¿Un poderoso pobre? ¿Un poderoso descreído? ¿Un poderoso laico? ¿Un poderoso opuesto en público a la teocracia? Ya lo quisiéramos ver. Los *nicodémicos* son hoy monaguillos de alto rango, a mucha honra y devoción.

* * * *

La invasión sacerdotal de todos los programas, y el fervor teológico y devocional de los comentaristas y locutores de radio y televisión ha modificado, lo digo sinceramente, la visión que teníamos de la profundidad de los personajes de la tele. Ya no podremos tomar tan en serio su frivolidad y su aire alivianado, luego de atestiguar su espíritu litúrgico y su acuciosidad novo-testamentaria. Así por ejemplo, creo que Televisión Azteca y los televidentes ganarían grandemente si José Ramón Fernández completase el giro provisional de su programa, y

abandonase los deportes para consagrarse a la edificación del público. No intento ironía alguna. Las mesas redondas de José Ramón con sacerdotes y, debo suponerlo, Consagrados y Consagradas, fueron de lo más provechosas incluso para quienes no somos católicos. A todos nos consta cuánto ganaron en estos días en rating y credibilidad moral los programas súbitamente devocionales, y es un temor generalizado la decepción que aguarda al regresar a la rutina pagana. ¿No sería irresponsable seguir hablando de trivialidades, y no sería bueno imprimirle a estas series un tono espiritual ya permanente? ¿Por qué la televisión privada no se concentra exclusivamente en el Catecismo? No les queda otra después de lo que dijeron.

* * * *

La sesión en el Estadio Azteca reiteró la influencia del espectáculo en el mundo actual, al margen de la zona de actividades. Esto, internacional o nacionalmente, no es nuevo, pero el 25 de enero se extremó con acento desbordante. Dicho sea con todo respeto, a nadie le quedó duda: la política, la fe y el espectáculo, han mutado de esencia en público, y requieren del sofisticadísimo juego de luces, el brío de los conjuntos modernos, el Quetzalcóatl “rey-profeta de los toltecas” al que actualizan las tres pantallas inmensas, y al que siguen misioneros y soldados en la representación de los precursores y los orígenes de la creencia en nuestras tierras. La tecnología manda y la tecnología se prosterna, mientras el estadio en pleno hace la Ola para no sentirse lejos de las emociones deportivas que algo contienen de pasión religiosa, y los contingentes femeninos de las escuelas privadas cantan y gritan para no fallarle a la observación histórica y acústica del Papa (“El mexicano sabe rezar, el mexicano sabe cantar, pero sobre todo el mexicano sabe gritar”), y los discípulos de los Legionarios de Cristo prorrumpen en su latín arduamente memorizado: “¡Rerum Christi! ¡Rerum Christi!”, y los ricos están seguros de ir al cielo porque en el universo virtual nada más fácil para un camello que pasar por el ojo de una aguja.

Cohetes, porras, reflectores, deliquio que busca en vano palabras, ruidos, cánticos, y sucesión de vírgenes reverenciadas por el aplauso que, dispensen sus mercedes, no es chovinismo sino objetividad del alma. Todo esto conoce su apoteosis con la Virgen de Guadalupe. El Estadio Azteca es la gran pila del bautismo nativo y al cabo de mensajes y promesas, Karol Wojtyła se nacionaliza adoptando su vez a Méxi-

co: "Hoy me siento mexicano. Ya no me siento el Papa. Hoy me siento mexicano ante tantas emociones."

Y al México Siempre Fiel sólo le toca ahora buscar las vías, no muy transparentes o concebibles por ahora, para institucionalizar el transporte fideísta una vez ausente Juan Pablo II.

De las consecuencias de la Visita

—"En este hogar somos católicos y no admitimos visitas de jerarquías inferiores al papado."

Se ha probado copiosamente: la mayoría de los mexicanos es católica, de un modo amorosamente ritual y como se decía antes, mucho más papista que el Papa. Esto ya se sabía, se había olvidado parcialmente y se volverá a recordar con exactitud en ocasión de la próxima visita (de seguro más tumultuosa) del Pontífice. El catolicismo que salió a la calle y reelaboró catequistamente los centros deportivos (el Autódromo de los Hermanos Rodríguez, el Estadio Azteca) en ámbitos de peregrinación y penitencia, es un catolicismo preconiliar, concentrado en exhibir el gozo de la fe, como si esto nunca antes hubiera ocurrido y fuese la primera proclamación. En rigor, esto es cierto: nunca antes se había levantado a tales alturas masivas el estandarte de la religiosidad como hecho de masas, en donde cada uno se considera el otro protagonista del encuentro.

Eso es algo especial. La emoción deportiva o la emoción del concierto, muy semejantes, no disponen sin embargo del gran componente de la emoción religiosa: la trascendencia, el haber vislumbrado por unos segundos o minutos lo inefable que es garantía "curricular". Lo inefable del que observa un gol histórico o una victoria de su equipo, y lo inefable del que oye cantar como nunca a la diva (el título no es en vano), no equivale a lo inefable del que se sabe viviendo a raudales, y como por vez primera, su creencia.

Insisto en lo de "como por vez primera", pese a siglos de fervor guadalupano, y de santos, beatos y aspirantes a la santidad, porque lo ocurrido carecía de antecedentes. El Papa acudió antes a México tres veces, y no escasearon los actos públicos, pero no se habían conectado los elementos definitivos. En materia de fe de masas (algo distinto y semejante a la fe de multitudes), la visita papal fue una suerte de "primera comunión" del mexicano-televidente, del mexicano urbanizado

al máximo, del mexicano ya sólo consciente de los ritos unas cuantas veces del año. El fenómeno ya no sorprenderá de ahora en adelante, pero esas masas compactas de seres que retenían su individualidad como estampa en busca del rostro amado, han representado una innovación en México: la fe que se robustece porque todos los de su cuadra están a su lado, la fe que se estremece porque la vecina llora de gratitud, la fe que suspira de tristeza porque ni siquiera los video-tapes preservan como es debido la experiencia.

Seis millones de personas en la ciudad de México en pos de la figura nívea, constituyen un magno acontecimiento, sin precedente concebible porque ningún otro pudo ocurrir a fin de un milenio, con un Papa carismático y visiblemente enfermo, y alentado a fondo por los Medios electrónicos. Pero lo anterior no tendría demasiado sentido sin los componentes de angustia, recursos formativos del creyente, residuos de la eclesiología conciliar y desamparo. Ningún milenarismo inventa el desamparo; puede intensificar, sí, las salidas masivas, pero no lo inventa.